

«Anhelo estos honores como único premio de nuestros antiguos sacrificios y trabajos». Identidad y crisis de masculinidad en la vejez de unos milicianos nacionales durante el Bienio Progresista (1854-1856).

La Milicia Nacional, como fenómeno histórico característico de las diferentes revoluciones liberales europeas y americanas durante el siglo XIX, fue, en España, mucho más que una mera institución militar, o el «brazo armado» de unas culturas políticas que la utilizaron e instrumentalizaron para alcanzar el poder en determinados contextos. También fue más que un prolífico espacio de socialización y politización de multitud de estratos sociales, que no es decir poco, a los que podríamos denominar clases populares, en el cual aprendieron a llevar a cabo una práctica política propia a través de la cual defender y reivindicar una serie de intereses, que conceptualizaron como derechos de una nación entendida, conforme avanzaba el siglo, de una manera cada vez más amplia. Con todo, la Milicia fue, además, un frente de fricción intensísimo que afectó profundamente, y muy prontamente, a la familia liberal en su conjunto.

Y es que, además de estas cuestiones –institución militar, brazo armado, espacio de politización y de fricción y tensión–, o quizás, mejor dicho, precisamente por la influencia de todas ellas, la Milicia Nacional fue un componente fundamental de la identidad sociopolítica de sus miembros: los milicianos. En las primeras décadas del siglo XIX, ya incluso durante los debates en Cádiz, la Milicia se concibió de una manera precisa, como institución no sólo garante del orden público, sino sobre todo vigilante de las leyes fundamentales, y a sus componentes, los milicianos, como materialización de la idea del ciudadano vigilante de las desviaciones de los gobernantes. Así mismo, y sumado a lo anterior, se le asociaron una serie de virtudes tales como el sacrificio vital por la patria o el rechazo absoluto al despotismo, que la acercaron poco a poco, ya durante el Trienio Liberal (1820-1823), a los universos semántico y político del liberalismo radical.

De esta manera, la Milicia, cada vez más patrimonio del liberalismo avanzado, comenzó a ser entendida como la materialización de este tipo de ciudadano soldado y vigilante. Durante la Primera Guerra Carlista (1833-1840), miles de milicianos se unieron alrededor de una identidad sociopolítica que unía nociones de juventud, igualitarismo y una interpretación universalista de las ideas liberales sumado a la obligación de defender la patria con las armas. Todas estas categorías se movilizaron desde el liberalismo radical y progresista durante la guerra civil y la regencia de Espartero, asociando así la idea del

ciudadano vigilante del primer liberalismo, con matices, a la Milicia y sus miembros. Con una Milicia cada vez más inmiscuida en los asuntos políticos, dirigiendo en muchos lugares la revolución en sentido democrático o radical, el moderantismo comenzó a señalarla como un enemigo a abatir. Por eso, con el fin de la regencia de Espartero (1840-1843), el moderantismo tomó como medida urgente la eliminación de la Milicia Nacional. Sin embargo, estos lenguajes, discursos e identidades que se habían ido construyendo desde 1820 en torno a la Milicia Nacional y la ciudadanía vigilante no desaparecieron, sino que quedaron a resguardo en la literatura y en otros espacios como la prensa.

En la presente intervención, voy a exponer una pequeña investigación en curso, en la que abordo la crisis de identidad que experimentaron una serie de antiguos milicianos durante el Bienio Progresista. Así mismo, me intereso por las relaciones emocionales entre estos hombres, es decir, y siguiendo a Bárbara Rosenwein, los ubico dentro de una misma *comunidad emocional* en la cual las relaciones entre hombres podían ser, y de hecho lo eran, muy afectuosas, pero también muy viriles. Se va a comprender a estos hombres dentro de una misma comunidad emocional política, compartida por las diferentes culturas políticas que componían el magma del radicalismo liberal, de la que se desprenderá tanto su crisis de identidad, la cual puede interpretarse como una crisis de masculinidad, como su práctica emocional-afectiva. La fraternidad y la hermandad de oficio creada en diversos espacios homosociales –como la Milicia– jugaron un papel fundamental en la articulación de estos lenguajes afectivos.

A finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, ocurrió una profunda transformación en los ideales de masculinidad en occidente, en la cual jugó un papel crucial la figura/mito del ciudadano soldado que da su vida por la patria, heredado de la tradición republicana y reformulado en el contexto de las guerras revolucionarias. La novedad fundamental en esta relación entre hombría y armas la aportó el principio de ciudadanía y la nueva relación con el poder derivada de la enunciación del principio de soberanía nacional. Pronto, este mito/ideal reformulado fue identificado con las Milicias Nacionales. En España, entre el Trienio Liberal y el Trienio Progresista, la Milicia sirvió muy útilmente a los gobiernos liberales para hacer frente a la contrarrevolución y para guardar el orden, pero fue también un espacio de politización y radicalización, conservando un vínculo estrecho con la soberanía nacional. Muchos milicianos se identificaron con este modelo, relacionando una forma de ser hombre con la práctica

política aprendida durante la etapa revolucionaria en las filas de la Milicia, convirtiéndose en una parte fundamental de su identidad.

En el Archivo de la Villa de Madrid se guarda uno de los fondos más importantes sobre Milicia Nacional. Entre sus cajones, encontramos un conjunto de cartas que, durante el Bienio Progresista, decenas de milicianos enviaron a la Comisión de Milicia, así como a sus superiores en las que solicitaban diversas cuestiones. En 1844, con el fin de la Regencia de Espartero, los moderados disolvieron como medida urgente la Milicia Nacional, y la sustituyeron por la Guardia Civil. Por todos los medios, se intentó aplicar al cuerpo una *damnatio memoriae* que, sin embargo, no fue muy efectiva, pues el Bienio nació ya con el uniforme de miliciano literalmente entre barricadas. En las famosas jornadas de julio de 1854 se enarboló nuevamente la bandera de la soberanía nacional en los brazos de antiguos milicianos, muchos de los cuales vestían las chaquetas de sus antiguas compañías.

En este fervor miliciano se ubican estas cartas escritas por antiguos miembros de la compañía de Milicianos Veteranos, la cual se formó en 1840 y a la que para acceder debías acreditar haber militado desde 1820 a 1823, o haber servido por diez años en las filas de la Milicia nacional, lo cual significa que, a la altura de 1854, todos estos hombres sobrepasarían fácilmente los 50 años. La cuestión de la edad es fundamental para abordar el objetivo que nos marcábamos.

Presentaré un par de testimonios que, creo, son reveladores: el primero de ellos pertenece a Gerónimo de la Cruz Ferrer, quien escribió el 4 de octubre de 1854 a su antiguo jefe de la Milicia recorriendo sus antiguas glorias. Recuerda su parte en el primer batallón en Cádiz en 1823, del cual conservaba charretera y placa, y que participó del cuarto batallón desde 1833 hasta 1843. Por último, destaca que posee todas las condecoraciones concedidas a la milicia desde la del 7 de julio de 1822 en adelante. Es un repaso a una carrera espectacular de alguien que se autorepresenta como un fiel servidor a su patria, y por la cual considera que merece que se le conceda la Cruz de San Fernando, distinción que se otorgó a los Milicianos que estuvieron sobre las armas en los últimos compases de la regencia de 1843.

Intuimos que Gerónimo de la Cruz no recibió respuesta a esta primera carta, pues el 4 de marzo de 1855 volvió a escribir insistiendo en que era merecedor de esta

distinción, pero ahora añade una cuestión más íntima, más personal: «Anhele estos honores como único premio de nuestros antiguos sacrificios y trabajos». El foco ha cambiado. Ya no es el merecimiento de la distinción lo que se destaca, sino el *anhelo*, lo cual vuelve a destacar en una última carta que mandó el 23 de marzo, donde apunta a que solicita de nuevo la condecoración «porque aprecio mucho cualquier distinción concedida a la milicia, perteneciendo yo a ella desde el año 20 y habiendo sufrido tanto por esta causa personalmente y en intereses».

El segundo testimonio es el de Víctor M.^a Cortezo, un miliciano que en 1840 se alistó en la compañía de Veteranos en la que sirvió hasta su disolución en 1843. Víctor escribe en febrero de 1855 a su capitán en estos términos: «Muy señor mío y mi digno capitán. Ansioso de poder usar la Cruz de San Fernando que el invicto Duque de la Victoria nos concedió en 1843 me tomo la libertad de suplicar a U. se digne a decirme el estado en que se hallan nuestros diplomas»

En estas cartas se percibe la ansiedad con la que escriben sus autores. Les preocupa no ser reconocidos por sus servicios a la patria en un momento en que ellos mismos se consideraban ya mayores y, por ende, su propia identidad como milicianos se veía cuestionada, en un contexto donde la Milicia ha sido rearmada de nuevo después de diez años de inactividad. La edad y las enfermedades asociadas a ella provocaron que muchos milicianos se vieran obligados a colgar las charreteras y los fusiles, como se aprecia en casos como el de Antonio Urquiza, quien, el 6 de septiembre de 1854 escribió solicitando la baja en estos términos: «Hallándome muy achacoso y falto de vista, no puedo continuar en la compañía de su mando a que tengo el honor de pertenecer». Hasta aquí, podemos inferir cómo la enfermedad le obliga a abandonar un modo de vida del que seguramente llevaba más de 30 años participando. Y en la despedida se hacen explícitos los afectos de los que hablábamos al comienzo: Dice sobre su salida de la compañía que «No puede U. figurarse lo sensible que me es separarme de tan dignos compañeros». En la misma línea se despide de su compañía José Anduaga, quien solicita su baja por unos graves problemas de visión, y concluía rogando hacer «presente a mis amados compañeros, que causa alguna que no sea mi invalidez me desvía de su lado, y que siempre los tendré en el justo aprecio que se merecen». José, además, hace a su comandante una petición nada inusual, como es la de permitirle conservar y vestir el uniforme, algo fundamental en su identidad como liberal y como hombre y que funciona igual que las Cruces de San

Fernando: anclar su propia identidad a un objeto a través de la cual representarla cuando se considera que sólo el cuerpo de uno mismo ya no puede soportarla.

El caso de José es interesante, porque es de los pocos en los que se conserva una respuesta. El capitán, por supuesto, accede a la petición del veterano, por el cual expresa profundos sentimientos: «A pesar de serme sensible la separación de un oficial benemérito que en todas épocas y ocasiones ha dado pruebas nada equívocas de ser un gran defensor de la libertad». Este mismo capitán responde el 26 de agosto de 1855 a otro miliciano que había solicitado su baja en términos similares: «me es humanamente sensible el que se separe un oficial que tan largos y buenos servicios tiene prestados en defensa de la libertad, y por cuya causa, ha sufrido persecuciones y destierros y no pocos perjuicios».

De estos últimos ejemplos se desprenden una serie de lenguajes afectivos que, en ambientes homosociales como la Milicia, eran muy comunes, en donde vemos repetirse muestras de amor fraternal a lo largo de toda la centuria: «Disimule usted le moleste este pobre viejo, que de corazón le estima» es la fórmula que utiliza un miliciano veterano llamado Mariano Fernández para cerrar su carta. Diferentes investigadores han mostrado como en determinados contextos, las lágrimas fluían en ambientes donde, en teoría, debía primar la razón. En la comunidad emocional del radicalismo, en la que ubicamos a estos milicianos, el peligro de las emociones estaba en su descontrol, en el exceso en su expresión, por lo que, para evitar el riesgo, debían ser reguladas para que sirviesen en la construcción del nuevo orden liberal, lo cual significaba también que no debían quedar recluidas en el ámbito doméstico. En el caso concreto de nuestras cartas, creo que puede destacarse la circulación de estos afectos en torno a una hermandad creada alrededor de los sacrificios comunes servidos a la patria durante décadas, la cual puede inferirse de los tratamientos de fraternidad, camaradería y amistad con los que se dirigen los unos a los otros. Estos afectos, además, eran conservados y se mantenían en el tiempo, tal y como se desprende de la carta de Fructuoso Gómez, quien escribió en 1854 a su antiguo comandante con la esperanza de que éste pudiera enviar un saludo a unos antiguos compañeros con los que sirvió en 1822.

La identidad de estos milicianos fue construida en torno a unos ideales comunes y sobre una manera concreta de comprender el comportamiento que debía tener un hombre «de verdad». Esto, como hemos ido viendo, incluía cuestiones relativas a la

marcialidad revolucionaria, tales como el sacrificio por la patria y su defensa a través de las armas, pero también una expresión controlada de emociones concretas, como el amor a la patria o el espíritu de fraternidad y el orgullo, podría decirse, de cuerpo.

Los hombres en los que nos hemos estado fijando, vieron todo su mundo derrumbarse tras ser conscientes de que su edad los expulsaba no sólo de las filas de la milicia, sino que les cuestionaba toda su identidad política y su propia masculinidad. La insistencia de tantos milicianos solicitando una última distinción, parece apuntar hacia esta idea. La manera en la que se expresan saca a la luz estos sentimientos de tristeza y de angustia al sentirse amenazados por no formar ya parte de ese universo. Nos lo deja muy claro Leoncio Megía, quien escribió el 26 de febrero de 1855 al capitán de su compañía de forma afectuosa diciéndole que no le es posible acudir a su casa para recibir la Cruz de San Fernando «por mi estado». Está enfermo con achaques nerviosos y «casi convulsiones». Dice creer que tiene derecho a recibirla, aunque no vaya, «Pero si una falta forzosa por razón del mal adquirido en la fatiga hiciera imposible la concesión me resignaré, quedándome siempre la satisfacción de haber llenado mis deberes hasta el momento en que la desgracia me obligó a retirarme».